

**Dr. Steven D. Mathewson,**  
**Predicación de narrativas del Antiguo Testamento.**  
**Sesión 7: Estructura y organización del sermón.**

Les habla el Dr. Stephen D. Mathewson en su sermón sobre las narrativas del Antiguo Testamento. Esta es la séptima sesión: Estructura y esquema del sermón.

En esta sesión, hablaremos sobre cómo estructurar y esquematizar el sermón que están preparando a partir de un texto narrativo del Antiguo Testamento.

Durante años, los aspirantes a predicadores han recibido este sabio consejo: «Díganles lo que piensan decirles, díganleslo y luego repítanles lo que acaban de decirles». Ahora bien, resulta que es un pésimo consejo cuando se trata de predicar una historia.

Para predicar eficazmente una narración del Antiguo Testamento, los predicadores deben reflexionar sobre la forma más importante o efectiva de estructurar el sermón. Esto nos lleva a la siguiente etapa del proceso de elaboración del sermón. En este punto, el predicador debe preguntarse: "¿Qué forma voy a usar para lograr el propósito que he determinado basándome en la idea principal? ¿Qué estructura tendrá mi sermón?". Muchos pastores optan por estructurar sus sermones en torno a una lista de principios que han aprendido durante su estudio.

Hace unos años, revisé los números de un año de una publicación popular sobre predicación, y la mayoría de los manuscritos publicados sobre textos narrativos del Antiguo Testamento seguían esta táctica. Un pastor basó un sermón de Éxodo 3:1 al 12 en tres claves para una vida imposible, extraídas de la vida de Moisés. Otro pastor predicó Génesis 45:1 al 13 enumerando las técnicas que José utilizó para dejar atrás su doloroso pasado.

Otro predicador abordó la historia de la prueba de Abraham en Génesis 22 compartiendo cuatro principios sobre la prueba de nuestra fe. Otro más predicó sobre Génesis 39 y el relato de José superando la tentación, destacando cuatro razones por las que debemos rechazar la tentación sexual. Pero este enfoque no refleja realmente la estrategia ni el estilo de los autores que compusieron estas narrativas del Antiguo Testamento.

A menudo, no hace justicia al mensaje profético de la narración. En cambio, simplemente la utiliza para ilustrar principios que, supuestamente, el predicador encuentra en el texto. Con frecuencia, creo que esos principios provienen de otros lugares, tal vez del Nuevo Testamento, y se interpretan a la luz de esta narración en particular.

La clave está en planificar tu sermón guiándote por el desarrollo de la historia. Si bien debes hacer más que simplemente contarla, no puedes hacer menos. Y no puedo enfatizar esto lo suficiente.

Cuando predicas una historia, debe sonar como tal. Debe sonar como un relato. Sí, tienes que hacer más que eso, pero no puedes hacer menos.

Lo ideal sería que siguieras la misma línea argumental que el narrador bíblico. ¿Qué implicaciones tiene esto para el desarrollo de la idea de tu sermón? Existen dos maneras principales de presentar ideas: la inducción y la deducción.

Y no me sorprendería que hubieras oído hablar del razonamiento inductivo y del razonamiento deductivo. Empecemos con la deducción. En la deducción, se parte de la conclusión o del todo, y luego se procede a los detalles específicos.

En otras palabras, das la respuesta de entrada, luego la desglosas y la explicas. Organizar un sermón de forma deductiva puede resultar muy claro, pero también conlleva el riesgo de que sea aburrido.

Si has revelado tu gran idea, ¿por qué alguien debería escucharte? Bueno, a veces el autor hace eso en ciertas partes de las Escrituras. Pienso especialmente en las epístolas del Nuevo Testamento, que no siempre son deductivas, pero a veces se presenta una idea de entrada, y luego el autor la explica, la demuestra o la aplica. Y al hacerlo, genera cierta tensión.

Ya has planteado la idea, así que ¿dónde está la tensión? Bueno, tienes que encontrarla en el texto. Tal vez la tensión reside en que, simplemente, esto no tiene sentido. O tal vez la tensión reside en que un lector piensa: «No sé si puedo creer esto».

Es decir, si estás predicando 2 Corintios 12, más o menos del 7 al 10, y Pablo habla de cómo su debilidad era buena, y tú dices: «No, no, no, no veo cómo puede ser así». Bueno, has captado su atención. Por otro lado, la inducción o el razonamiento inductivo comienza con los elementos específicos y, al final, se llega a la conclusión.

La respuesta es desconocida al principio. No se obtiene hasta el final. Ahora bien, cuando se realiza incorrectamente, la inducción puede resultar confusa.

A veces la gente dice: «No tenía ni idea de adónde iba el predicador». Y eso puede ser bueno o malo. Si dicen: «No tenía ni idea de adónde iba ese predicador», eso es malo. O podría ser: «No tenía ni idea de adónde iba el predicador, pero fue realmente interesante».

Por lo tanto, hay que tener cuidado con la inducción. Los oyentes podrían tener dificultades para seguir el hilo, ya que no saben adónde se dirige el sermón, pero cuando se hace bien, la inducción le da al predicador una gran ventaja. Organizar un sermón de forma inductiva crea suspenso y genera una sensación de descubrimiento.

Entonces, ¿cómo se deben predicar las narrativas del Antiguo Testamento? ¿Deben hacerse de forma deductiva o inductiva? Bueno, la respuesta a eso es la misma que a la pregunta: ¿cómo funcionan las historias? Pues bien, las historias funcionan de forma inductiva, ¿no? Es bastante raro obtener una respuesta de entrada. Normalmente, se obtienen todos los detalles y la respuesta; la historia en sí no. Recuerden, no se resuelve por sí sola. No hay resolución hasta el final de la historia.

Es decir, así funcionan las buenas historias. Hay un momento de revelación al final. Por eso, yo diría que cuando las contamos, deberíamos guardar la gran idea para el final, mantener ese sentido narrativo que yo llamaría dilación estratégica.

En otras palabras, la idea principal no se presenta al principio. Se reserva para el final. Debo confesar que, al principio de mis predicaciones sobre las narrativas del Antiguo Testamento, siempre les decía a los feligreses de antemano lo que pensaba contarles.

Me preocupaba tanto que no captaran mi gran idea que desconfié de la estructura narrativa y la revelé al principio. Así que decía algo como: «Esta mañana veremos en 1 Samuel 5-7 que Dios no es solo una fuente de poder que se puede explotar, sino una persona poderosa a la que hay que adorar». En esencia, lo que quería decir era: «Antes de contarles la historia esta mañana, permítanme saltar al último capítulo y revelarles el final».

Pero si haces eso, solo conseguirás un viaje menos satisfactorio y menos emocionante. Ahora bien, no es difícil incorporar una dilación estratégica a tu sermón, porque eso es lo que suelen hacer las narrativas. Por ejemplo, en Jueces 17 y 18, el narrador nos informa desde el principio que Miqueas tenía una casa de Dios.

Así lo expresa el texto hebreo: una casa de Dios. Sin embargo, el narrador omitió un detalle clave para aclarar la situación hasta el final de la historia, en la última línea del capítulo 18, versículo 31. Recuerden, se necesitan dos capítulos para contar la historia completa.

Y la última línea dice: «Todo el tiempo, la casa de Dios», la misma expresión hebrea, excepto que la palabra «la» va delante, o el artículo «la» va delante. Todo el tiempo, la casa de Dios estaba en Siló. Así que los predicadores sabios simplemente reservarán sus comentarios sobre ese detalle hasta el final de la narración.

A veces, puede ser efectivo esperar hasta el final de la narración para enfatizar un detalle clave que aparece anteriormente en la historia. Esto no significa omitirlo, sino no hablar mucho de él.

No se le da importancia hasta más adelante. Permítanme darles un ejemplo. En un sermón sobre 2 Samuel 11 y 12, podrían posponer sus comentarios sobre las nobles palabras de Urías en el capítulo 11, versículo 11, hasta más adelante en la narración.

Es decir, recuerden que Urías es realmente el contrapunto de David, y Urías está demostrando el tipo de carácter que David no tenía. Esto es lo que dice en 2 Samuel 11, versículo 11. Cuando David, recuerden, estaba tratando de hacer que Urías volviera a casa y se acostara con su esposa Betsabé para encubrir el hecho de que David la había embarazado y que ella estaba esperando un hijo.

Así que esto fue lo que Urías le dijo a David cuando este se enteró de que no había regresado a casa. Y le dijo: ¿Cómo es que no has vuelto de una campaña militar? ¿Por qué no has regresado a casa? Y esta fue la respuesta de Urías: El arca, Israel y Judá están en tiendas de campaña, y mi comandante Joab y los hombres de mi Señor están acampados en campo abierto.

¿Cómo podría yo ir a mi casa a comer, beber y hacer el amor con mi esposa? Tan cierto como que vives, jamás haré tal cosa. Ahora bien, no es que haya omitido ese detalle al narrar la historia, sino que no me detengo en él porque, al final del relato, quiero contrastarlo con las acciones de David. Y quiero señalar que Urías tenía el carácter que Dios quería que David tuviera, el que David debería haber tenido como rey de Israel: el de alguien que temía al Dios viviente.

Cuando sigues la estructura de una historia, eso significa colocar la idea principal al final y aprovechar la tensión que genera la crisis o la complicación de la trama. Así que recuerda, la tensión es tu aliada. Y cuando la tensión desaparece, el sermón termina, tanto si has terminado de predicarlo como si no.

Por eso usamos un método inductivo al predicar narraciones, salvo excepciones, que son muy pocas. En Josué 7, la historia de Acán, se nos dice desde el principio que Acán fue quien pecó, pero la tensión aumenta porque, a medida que avanza la historia, nos preguntamos: ¿será descubierto? ¿Cómo lo será? Así que, de nuevo, predicar estas historias de forma inductiva tiene sentido. Ahora ya sabes cómo vas a presentar el sermón.

Es hora de preparar un esquema para que tengas una guía sobre hacia dónde te diriges. Así que quiero hablar sobre esquemas. Hace años, asistí a una clase de predicación impartida por Haddon Robinson, y mi amigo Dean fue uno de los primeros en compartir el esquema de su sermón.

Todos teníamos que hacer esto, y luego el Dr. Robinson criticaba nuestro trabajo. A mi amigo le asignaron predicar sobre 1 Samuel 17, la historia de David y Goliat, y estos fueron sus puntos principales. Por cierto, en mi libro lo llamé Rod.

Compartí esta historia en mi libro, y mi amigo Dean dijo: "No, no tienes que cambiar mi nombre. No me importa si la gente lo sabe, así que usaré su nombre real". Así que el esquema de Dean fue este.

Primer punto: Goliat desafía al pueblo de Dios. Segundo punto: Saúl se acobarda ante el pueblo de Dios. Tercer punto: David vence al pueblo de Dios.

Bueno, tiene aliteración, ¿verdad? Desafíos, acobardarse, conquistar, y es paralelo. Tienes al pueblo de Dios en cada uno de ellos. Haddon Robinson se quedó en silencio un momento, y luego gruñó: eso suena como si hubiera salido de un libro llamado Sermones sencillos para el domingo por la noche, y por supuesto, todos estallamos en carcajadas, pero era una risa nerviosa y una risa de comprensión porque sabíamos que nos tocaba a nosotros, y Haddon continuó diciendo: ya nadie habla así excepto en el púlpito.

Dwayne Litvin era un profesor invitado que estaba allí con Haddon ese día, y comentó: "Lo que Haddon quiere decir es que teme que salgas y prediques ese sermón. Bueno, la etapa de esquema en la preparación del sermón es, para algunos de nosotros, uno de los pasos más intimidantes del proceso. Brian Chappell habla de eso en su predicación centrada en Cristo".

Dijo que, en clases y seminarios por todo el país, observa que los predicadores tienen más preguntas sobre la estructura que sobre cualquier otro aspecto de la predicación. Por lo tanto, lo que me gustaría hacer es darles algunos consejos para elaborar esquemas efectivos, especialmente esquemas para sermones narrativos del Antiguo Testamento. Muy bien, aquí está el primer consejo.

No intentes crear esquemas que la gente recuerde. Y quizás estés diciendo: ¿Qué? Eso es lo que me han enseñado a hacer. Lo diré de nuevo.

No hagas esquemas, o al menos no intentes hacer esquemas que la gente recuerde. Y, sinceramente, me llevó años darme cuenta de esto. Recuerdo al contratista que construyó la estructura de mi casa, y yo le ayudé a hacerlo.

Recuerdo que un día estábamos trabajando en el armazón de una pared, y si sabes algo de construcción, estás tomando como dos por cuatro y montantes, y tienes una placa superior, y tienes una placa inferior, y luego tienes los montantes, y se coloca en el suelo, y estás clavando el clavo. Y el contratista, mi amigo John, pasó por allí, y dice: "Oye, no estás construyendo un piano". Dije, ¿qué? Él dice: "No estás construyendo un piano."

Le dije: John, no tengo ni idea de qué estás hablando. Él dijo: "Estás intentando que los montantes se alineen con una precisión de un dieciseisavo de pulgada". Dijo: "No tiene que ser tan preciso".

Dice que se va a cubrir con paneles de yeso. No se puede ser descuidado, pero esto no es un trabajo terminado. No es muy preciso.

Y creo que eso también se aplica a los esquemas. Necesitamos una estructura sólida, pero sobre el esquema de tu sermón habrá una capa de yeso, o para usar otra analogía, una que utilicé en una sesión anterior, la gente no necesita ver mi esqueleto. Lo necesito absolutamente para sostenerme y poder estar aquí, pero no es necesario que lo vean.

Y yo diría que así es con los puntos del esquema, especialmente en los sermones narrativos del Antiguo Testamento. Creo que hay otros tipos de literatura donde, a veces, quizás quieras que tus oyentes presten un poco más de atención a un punto del esquema, sobre todo si tienes una lista, pero no una narración. Entonces, ¿por qué los necesitamos? Bueno, los necesitamos para la estructura.

Los necesitamos porque estos puntos y subpuntos nos dan una guía. Nos orientan a través de las ideas clave que debemos comunicar al contar una historia. Un segundo consejo: considera los puntos principales como finales, no como comienzos.

Aquí está el problema. Mientras que las historias funcionan de manera inductiva, los esquemas funcionan de manera deductiva. ¿Alguna vez has tenido ese impulso? Tal vez estés terminando la introducción de tu sermón, sea el momento del punto uno, pero quieres ir directamente al subpunto A, luego al subpunto B, luego al subpunto C, y finalmente, al punto uno, surgirá.

Bueno, eso es lo que suele ocurrir en una narración. El punto central es la idea que se quiere desarrollar al final de una sección. Normalmente, si hay un punto uno, este abarcará una sección del texto bíblico en esta narración.

Lo más probable es que la idea principal de ese texto no se aclare hasta que llegues al final. Así que no hay problema en desarrollar primero los subpuntos para llegar al punto principal. Por cierto, no es necesario que lo expresas textualmente.

No estamos tratando de crear esquemas que la gente recuerde. Pero ese punto principal, si es un punto clave en la historia, es hacia donde estás trabajando. Así que lo que hago a veces es tener mi punto principal, punto número uno.

Y al final, escribiré «desarrollo inductivo». Esto me indica que, al llegar a este punto, se trata de un proceso de pensamiento. Hablaremos de ello en un momento.

Y la idea que quiero comunicar probablemente surgirá al final. Muy bien, aquí va un tercer consejo. Expresa los puntos de tu esquema en oraciones completas.

Sé que puede ser, puede parecer un trabajo tedioso que puede parecer molesto, pero si el punto de tu esquema es el problema de la idolatría, bueno, eso no te dice nada, no me dice nada excepto el tema, recuerda que este esquema es realmente para ti ahora puede que tengas en la cabeza cuál es el problema de la idolatría, pero tu punto principal debe indicar que, él, ya sabes, esto es, esto está tratando de ayudarnos a pensar con claridad. Y si no ponemos las cosas en oraciones completas, lo que vamos a hacer es terminar con estas encuestas de subtítulos, y te va a decir el tema. ¿Qué estás diciendo sobre ese tema? Las afirmaciones parciales permiten que el pensamiento se escape de nuestras mentes, como un balón de fútbol.

Eso es resbaladizo. Está, ya sabes, cubierto de humedad por la lluvia. Así que, al escribir este esquema, recuérdalo como una forma de pensar y acortará el proceso.

Si no redactas tus ideas en oraciones completas y piensas en términos de movimientos en lugar de puntos, estás narrando una historia. Quizás debería decir incluso pensar en términos de escenas en lugar de puntos. Pero un movimiento es una sección de tu sermón en la que un elemento particular de la narración, tal vez una escena, una conversación o una idea, una idea teológica, se forma en la mente de tus oyentes.

Entonces, cuando te levantas para predicar, por eso no dices mi primer punto es, o punto número uno, estás contando una historia, y cuando ves el punto número uno en tu esquema, eso debería decirte, bien, aquí está el primer movimiento de mi sermón. Esta es la primera escena que voy a describir, o este punto del esquema cubre esta conversación entre Samuel y Saúl, en 1 Samuel 15. Y cuando veo ese punto, no es que, no es que vaya a tomar eso y decirles a mis oyentes, aquí está el punto número uno, o mi primer punto es, no, eso simplemente les dice, esto es a lo que me dirijo, trabajo a través de esta parte de la historia.

Esta es la idea que debe surgir. En quinto lugar, les recomiendo que se centren en dos o cuatro puntos principales, ya que los suyos están bien planteados. Sus puntos principales reflejan los movimientos más importantes de su sermón, y solo pueden abarcar una cantidad limitada de temas en unos 30 minutos.

Sinceramente, muchos de los sermones narrativos del Antiguo Testamento que predico tienen dos puntos principales, y como imaginarán, estos dos puntos reflejan la crisis y su resolución. La crisis suele ser el problema, y la resolución, la solución o el resultado, ya sea positivo o negativo. Claro que se pueden tener más puntos principales, pero sugiero no superar los cuatro. Sin embargo, si tienen más de cuatro, no se preocupen.

Eso no significa que tengas que eliminarlos. Simplemente significa que los bajas un nivel y dices: «Vale, estos dos o tres puntos se relacionan con una idea más amplia». Además, si tienes más de dos o cuatro puntos principales, lo que probablemente me indica, y debería indicarte a ti también, es que la estructura de tu sermón es demasiado compleja.

Y si es demasiado complejo, tus oyentes no podrán seguirlo. Repito, no tienes que reducir el número. No tienes que eliminar puntos, sino combinarlos.

Pero, insisto, les animo a que empiecen con la crisis y la resolución, y que construyan la estructura y el esquema de su sermón en torno a eso. Si necesitan un punto adicional al principio de la exposición, no hay problema; o quizás haya una conclusión que requiera otro punto. Eso también está bien.

Puedes tomar esa decisión. Pero mantén tu esquema lo más simple posible. Los esquemas complejos harán que tu sermón sea confuso y que te enredes en la historia que intentas contar.

Muy bien, aquí va un último consejo. Incluye tu idea principal en el esquema. Yo prefiero mencionarla como uno de mis puntos principales.

Por lo general, me da el último punto. Aunque algunos predicadores y maestros prefieran ponerlo en la conclusión, no hay problema.

Pero como la idea principal es una parte importante del sermón, suelo incluirla de nuevo en mi esquema. Aparecerá en el último punto, porque viene al final. Ahora bien, esa idea principal puede ir en el último conjunto de versículos de la narración, o puedes tenerla como un punto aparte después de haber analizado el texto.

Sabes, no pierdo el sueño pensando en qué camino tomar. Haz tu esquema lo más simple posible. Así que déjame darte un ejemplo antes de que terminemos aquí en Jueces 17 y 18. Tengo dos puntos en ese sermón que dicen: "Vaya, dos capítulos enteros.

Sí. Y tengo dos puntos principales. Y, por cierto, no siguen la división por capítulos.

Mi primer punto principal abarca desde 17:1 hasta 18:17. Y el punto principal es este: Miqueas y los danitas se apartaron de Dios para adorar ídolos. Ahora bien, cuando predico eso no digo, así que mi primer punto es Miqueas y los danitas se apartaron de Dios para adorar ídolos.

Acabo de ver eso. Y me di cuenta de que esa es la crisis de la historia. Y eso es lo que necesito comunicar a la gente.

Tal vez use algún tipo de declaración resumida. Cuando llegue al final del versículo 17 del capítulo 18, podría decir, qué trágico es esto, que tanto Miqueas como los danitas se hayan apartado de Dios para adorar ídolos. ¿Ves cómo lo incorporé? No dije, así que mi primer punto es este.

Lo cuento como parte de la historia, por cierto, todos mis subpuntos. Y simplemente tenía tres de ellos, que son solo resúmenes de lo que sucede en el texto. Y podría parecer que, bueno, ni siquiera los necesito.

Puedo ver los textos mientras los miro. Pero esos tres puntos, subpuntos, me indican que son conceptos clave que debo asegurarme de explicar. Recuerden, hablamos de las cosas que necesitan explicación.

Básicamente, estas son cosas que necesito explicar. Así que, para facilitar la explicación, mi primer punto, 17:1 a 13, es que Miqueas fabrica un ídolo y establece un sistema religioso no autorizado. Es decir, eso es lo que sucede en esa sección.

Punto B: los danitas ven la lejana ciudad de Laish en lugar de tomar posesión de la herencia que les correspondía. Y realmente necesito dejar eso claro. Y cuando hablo de los danitas, me refiero a que la misión de espionaje que emprendieron no estaba autorizada y que se apropiaron de tierras para su tribu.

Eso no les fue dado. Abandonaron la tierra que Dios les había dado. No pudieron vencer a la gente que estaba allí, a los enemigos que estaban allí.

Y así se marcharon. El tercer subpunto, la letra C, los danitas se llevan el ídolo y el sacerdote de Micah en su camino hacia la captura de Laish. De nuevo, no es tan complicado, ¿verdad? Solo estoy resumiendo los momentos clave de la historia.

Y eso me ayuda a pensar en cómo contar esa historia. Pero, de nuevo, mi primer punto principal, mi primer punto, punto número uno, es que Miqueas y los danitas se apartaron de Dios y adoraron ídolos. Esa es la crisis.

Mi segundo punto principal, que abarca el resto del capítulo 18, desde el versículo 18 hasta el 31, es que Miqueas y los danitas no experimentaron la presencia de Dios. Podría exponer mi idea principal aquí, pero la dejaré para el final para expresarla de una manera más convincente.

Pero a eso me refiero. Ese es el desenlace de la historia. Es un final triste, ¿verdad? Es una tragedia.

Esta historia es una tragedia. Así que, de nuevo, el punto principal es que, como resultado, Miqueas y los danitas no experimentaron la presencia de Dios. Ese es el punto que voy a destacar.

Eso es lo que dice esta sección de la narración. Y voy a usar palabras un poco diferentes. Yo, de nuevo, no voy a decir mi punto ahora, mi segundo punto es, ya saben, el punto uno era este, ahora el punto dos, eso no es lo que hacen los narradores.

Así que, de nuevo, tendré algunos subpuntos que explicarán los detalles. Y mi último subpunto es mi idea principal. Cuando nos apartamos de Dios para adorar ídolos, nos perdemos la presencia de Dios.

Podría haberlo puesto como punto dos, pero en los puntos principales de esta historia, simplemente estaba usando el lenguaje, contando la historia, y luego puse mi idea principal como subpunto final. Probablemente podría haberla puesto en el primer subpunto, debajo de la conclusión. No importa.

La clave está en el final de la historia, ¿verdad? Así es como se trabaja con los esquemas. Pueden ser complicados. Pueden ser frustrantes, pero manténgalos simples.

Una vez que tengamos el esquema, es hora de desarrollarlo. Vamos a elaborar un sermón a partir del esquema que hemos creado, y lo haremos en nuestra próxima sesión.

Les habla el Dr. Steven D. Mathewson en su sermón sobre las narrativas del Antiguo Testamento. Esta es la séptima sesión: Cómo dar forma y estructurar el sermón.